Fernando Fulgosio

Una Mata de Helecho en la Costa de Málaga

textos.info
biblioteca digital abierta

Una Mata de Helecho en la Costa de Málaga

Fernando Fulgosio

textos.info
biblioteca digital abierta

Texto núm. 7934

Título: Una Mata de Helecho en la Costa de Málaga
Autor: Fernando Fulgosio
Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy
Fecha de creación: 17 de enero de 2023
Fecha de modificación: 17 de enero de 2023

Edita **textos.info**

Maison Carrée
c/ des Ramal, 48
07730 Alayor - Menorca
Islas Baleares
España

Más textos disponibles en http://www.textos.info

«Amigo mio; los Gallegos, aun los de afición, como V., suelen tambien cometer pecados poéticos; y el que acaba de llevar á cabo, diciendo, ha visto helecho en la costa de Málaga, demuestra que la afición á ponderar, tan propia es de Andaluces del Mediodía, como del Poniente.»

Tales fueron las palabras y la mala intención de un amigo —naturalista insigne, á quien aprecio y respeto sincerísimamente— al oirme decir, que yo habia visto helecho en las inmediaciones de Málaga.

«Pues, con todo eso —repliqué,— y aunque se niegue V. á creer lo del helecho, le aseguro es tan cierto cuanto le digo, que, en volviendo á Málaga, he de traerle unas ramas de la consabida planta, acompañadas de la certificacion del alcalde, y autorizadas con testimonio de escribano.»

Entonces, el naturalista, que, no por buen español, y amigo, por lo tanto, de dar alguna que otra vez su zarpazo á Galicia, deja de ser justo, hubo de convenir en que, pues yo lo aseguraba con toda formalidad, habria helecho en la costa de Málaga; pero, añadió, no dejaba de sorprenderle semejante noticia.

«Ese ya es otro asunto, —respondí yo;— y pues se trata de hablar con formalidad, diré á V, no he visto helecho más que en el Arroyo de Jaboneros, en el sitio llamado de la Mina, inmediato á Málaga; y como los habitantes de aquellos alrededores aseguran no le hay en toda la comarca, sino allí, bueno será que, con un tantico de historia y una poca imaginacion, tratemos de explicar lo que tan extraño parece en aquel clima. Poeta soy, si para serlo da derecho el amor al arte; y pues la ciencia calla, hable la poesía, no sin tomar cuanto la historia ofrezca, que, al cabo, el corazón y el alma, morada de lo que hoy llamamos sentimiento, señorean regiones y horizontes desconocidos para la humildísima razón humana, cuya vanidad ni aun á soberbia llega, si el corazón y el alma no la ayudan.

I

Por el mes de Marzo de 1483, padecieron los Cristianos tremenda derrota en las lomas de Cútar, poco más de cuatro leguas de Málaga. Llevados del deseo de combatir y atraídos de la hermosura y riqueza de la Hoya y Jarquía, cometieron la imprudencia de adelantarse por terreno fragoso y poblado de enemigos, los cuales, apellidándose, al ver los despojos que los nuestros se llevaban, cayeron sobre ellos y mataron ochocientos, de pocos más de dos mil que eran.

Mataron los Moros á D. Diego, D. Lope y D. Beltran, hermanos, y á D. Lorenzo y D. Manuel, sobrinos del Marques de Cádiz, que en compañía de D. Alonso de Cárdenas, Maestre de Santiago, mandaba la malaventurada expedicion. Perdieron su libertad el Conde de Cifuentes, su hermano D. Pedro de Silva y otros muchos caballeros é hidalgos.

De estos, quedó por muerto en el campo un jóven escudero que apénas tendría veinte años, y cuyo rostro casi imberbe, pálido y delicado como el de una doncella, del todo descubierto, á causa de haber rodado por el suelo el sencillo capacete que en la cabeza llevaba, llenó de piedad á un ginete moro que hacia él venía, cansado de alancear fugitivos cristianos. Alzó el Musulmán la larga lanza, echóse atrás la adarga, y creyendo que el mísero cristiano había muerto, exclamó:

— ¡Pobre madre!...

Y clavando la negra pupila en la costa que al horizonte, más allá de la fertilísima Hoya de Málaga se extendía, quedóse largo rato pensativo. Algo habia en la gran ciudad, emporio del reino de Granada, ó en sus inmediaciones, que se llevaba el corazón del Moro.

Desierto ya el lugar de la refriega, sólo le ocupaban cadáveres de cristianos, desnudos, sobre los cuales se cernían, abatiendo cada vez más el vuelo, cien aves de rapiña, ansiosas de saciar la repugnante voracidad en el hombre, su más preciada ralea.

En aquel momento, dos Montañeses de la Jarquía, cargados de ropas y despojos de cristianos, llegáronse á desnudar al escudero, que aún permanecía armado y vestido. El ginete moro acababa de percibir en él leve movimiento, indicio de vida; y, apoyando el cuento de su desmesurada lanza en el suelo, acechaba, digámoslo, por asegurarse de si se habia ó no engañado. A la sazon iban los montañeses á echar mano al cadáver; mas el ginete hizo con la lanza tal movimiento amenazador, que ambos retrocedieron, como los buitres con el pico chorreando sangre hedionda, sueltan la carnaza llenos de rabia y temor ante el aleteo del águila.

— ¡No le matéis, que aún vive! — gritó el ginete.

— ¿No es perro cristiano? ¡Pues le rematarémos! —respondieron llenos de rabiosa codicia los Montañeses.

— Guardaos de ello, miéntras esté yo delante. Ese hombre vive, es mi cautivo, y me vais á ayudar á llevarle de aquí.

Siempre ha sido indómito el morador de la Jarquía; y el ginete advirtió en el rostro y movimiento de los Montañeses tan poca disposición á obedecerle, que, alzando la lanza, dió con el cuento á uno de ellos de tal suerte, que vino á tierra sin sentido. Dudó el compañero si huir ó quedarse; pero ante el mandato y amenazas del ginete, tuvo por bien obedecerle, quedándose y ayudando al caido á volver en sí. Repuesto el último en breve, pero ya más blando, avínose á obedecer tambien, con lo que, en poco tiempo, hicieron unas parihuelas de ramas de algunos árboles que en torno habia; añadieron hojas, y haciendo de colchón las propias ropas que llevaban robadas, pusieron encima el cuerpo del jóven escudero, no sin aflojarle antes peto y espaldar, por entre cuyas junturas había recibido la herida, y poniendo á sus piés la capellina ó capacete y el escudo, blanco, esto es, sin empresa ni divisa de ningún género. Asieron de las parihuelas, y seguidos del ginete, que no les perdia un punto de vista, se alejaron á buen paso de aquel lugar de muerte y desolacion.

II

No hay duda que los Moros nos han dejado algo bueno; pero calles de fácil tránsito en los pueblos, y caminos en los campos, no han sido cosas en que hayan hecho por extremarse. Egoístas, sensuales y desconfiados, hacían casas para si, no para el transeunte, á quien apenas concedían ventanas, guardando toda comodidad y lujo para lo interior. Sus palacios y mansiones de recreo eran castillos. En cuanto al comercio, dejando á un lado toda ponderacion semítica, y aun conviniendo en la importancia que, sin duda alguna, tenia por mar, no era posible fuera grande en lo interior, donde apenas habia camino digno de semejante nombre. El reino de Almería, tan rico en cierta época, segun cuentan, tenía los peores caminos del mundo, al decir de sus propios poetas; y así estaba la mayor parte de lo que llamaban los Moros el *Andalus*, esto es, cuanto ellos poseían. Malas veredas, á las cuales eran á menudo preferibles los secos cauces de ramblas y torrenteras, que por aquella costa sólo llevan agua al mar de vez en cuando, servian de caminos por donde iban —y hoy van del propio modo— las récuas. Cierto que, aun siendo muchas las acémilas, razon tenemos en decir no era posible diesen vida y movimiento á ningún comercio de grande importancia.

Pásenos el lector la digresión, que ha sido forzosa hacerla, para que nadie se maraville de lo que vamos á decir.

Los cerros que tiene Málaga al Norte y Este, llegan al mismo recinto de la ciudad, sin más caminos de los que habia en tiempos de los Moros, salvo la carretera de Vélez y el pequeño trozo que pasa entre el monte de Gibralfaro y el cerro de San Cristóbal. El resto se halla al presente, como durante el año de gracia de 1483.

A los pies de aquellas riquísimas alturas que producen los mejores limones, pasas y almendras del mundo, y cuyos propietarios no pueden ahorrar un maravedí para carretera, llegan barcos de las más apartadas regiones. ¡Qué mucho, si á escaso kilómetro arranca el ferro-carril, allende el Guadalmedina, que pone en comunicacion á Málaga con Córdoba y el resto de España! Tierra de contrastes la Península ibérica, en ninguna

región lo es tanto como en Andalucía, pudiendo asegurarse que, no sólo en los campos, pero aun en las ciudades, se halla la mayor cultura al lado del atraso más increíble.

Pues ya sabemos en qué estado se hallaban los alrededores de Málaga á fines del siglo XV, tornemos á la referida época para continuar la narración comenzada.

Pasado el sitio, donde, en tiempo de Moros, se extendía la huerta de Acíbar, hoy iglesia y convento de la Victoria, no es posible dar un paso sin subir ó bajar con notable esfuerzo; tales son de empinados los cerros que allí mismo comienzan. Sepáranles profundos barrancos, siendo el más importante el llamado Arroyo de Jaboneros, ó Jabonero, como frecuentemente le llaman los naturales.

Por las alturas de la izquierda, y, digámoslo, separándolas de la cuenca del Guadalmedina, sube la carretera de Granada, que cruza la cuesta de la Matanza; una legua ya de Málaga, donde, según los habitantes del contorno, murieron á la vez todos los Moros malagueños, y donde otros pretenden fueron vencidos y muertos muchos Cristianos; por ventura, confundiendo el suceso con el de las lomas de Cútar, de que hemos hablado en el comienzo de nuestra narracion.

Rayaba el alba, y, á pesar de que aún era grande la oscuridad, dejaba ver la dudosa luz del crepúsculo matutino, dos hombres que marchaban á compás, como llevando un peso entre ambos, y en pos de ellos un ginete; los cuales, subiendo desde lo llano á lo que hoy es comienzo de la cuesta de la Reina, en la referida carretera de Granada, y á menos de kilómetro de Málaga, iban en direccion de los cerros, á cuyos piés corre el arroyo Jabonero.

Demás es decir que eran nuestros conocidos de las lomas de Cútar, y viniendo cargados, cerca de cuatro leguas y media de camino, desigual en muchas partes, bien habían necesitado la noche entera para llegar á las inmediaciones de Málaga. Ya en la Peña del Oro, que señorea hermosísima vista, pusieron los Montañeses las parihuelas en tierra y el ginete se detuvo.

III

Breve es el crepúsculo en la region á que corresponde Andalucía, de suerte, que á poco de haber rayado el alba, rompió el sol esplendente la neblina del mar.

Los Montañeses de la Jarquía, que sólo por mera obediencia y temor, habian llevado hasta allí al cristiano moribundo; dijeron estaban cansados, y añadiendo, que harto habían hecho en llevar á cuestas á un perro, muerto por añadidura, mostraron resolucion de no seguir adelante, si el ginete no les pagaba.

— Los perros, montaraces, sois vosotros; —dijo éste,— que no conoceis á Yusef Ben-Lope. Pero en la Jarquía habeis nacido, y basta. Sabed, pues, que en toda la Hoya de Málaga, y desde aquí hasta la Sierra de Bentomiz, la palabra de Yusef Ben-Lope es prenda de oro; y él, que ha prometido pagaros con largueza vuestro trabajo, lo hará, pero cuando hayais acabado, para lo cual sólo os faltan diez minutos. Descansad, pues...

— No podemos más; — exclamó el aporreado, que por ello miraba lleno de rencor al ginete.— Llevamos andando toda la noche, y después de pelear con los Cristianos y cargar con uno de ellos muerto; que no se por qué, ni para qué le quieres; me parece deberias ya pagarnos, dejándonos en libertad de tornar á casa.

— Has hablado como un buitre de los que al presente se están saciando de carne cristiana en las lomas de Cútar; —respondió Yusef, con ojos centellantes.— Ave de rapiña, cobarde y asquerosa, que vives de los despojos que te deja el águila vencedora; chacal cobarde, que aguardas á que el león mate y despedace para comer tú, ¿dónde estabas cuando la pelea? ¡Mientes, si dices que te has atrevido jamás con ningún Cristiano armado! Tú, y los tuyos, no habeis acudido sino á la carne muerta; tú y los tuyos, ¿qué habéis hecho, sino aguardar á que nosotros los guerreros os diéramos carne en que saciaros y muertos que despojar? Los tuyos andarán ahora por la Jarquía matando míseros cristianos extraviados; pero, ¡por el Santo Profeta, que no os ví á mi lado cuando los enemigos

caian sobre nosotros, como granizo en las huertas de naranjos y limoneros!!

Estas y otras razones, más poderosas todavía, persuadieron á los Montañeses á tomar de nuevo las parihuelas y seguir andando. No sin placer hallaron, que, en vez de subir, habia que bajar hácia una casa de campo, de modesta apariencia, que Yusef les mostraba.

Y en verdad, que ya era tiempo de llegar. En Marzo pica el sol y molesta por las costas de Málaga; y á la sazón, de tal suerte daba de soslayo al moribundo cristiano, que éste torció el rostro, no pudiendo, sin duda, sufrir en los ojos, aunque cerrados, tan fuertísima luz.

— No le hagamos padecer; —exclamó Yusef, poniéndose al lado y resguardando con su adarga al herido.

Habia por todas aquellas alturas y ribazos casas esparcidas, como lo están al presente; delante de las cuales se veian tambien cuatro, seis ó más, á modo de cajas cuadrilongas de fábrica, que servían, como hoy sirven, de paseros. No muy lejos de la Peña del Oro, y dando vista al arroyo Jabonero, que asi le llamaremos, conforme es su nombre actual, se hallaba la casa de Yusef Ben-Lope, hacia la cual enderezaron sus pasos los de la Jarquía.

El edificio venía á estar frente á la que hoy llaman, y en efecto es propiedad de Tellez, de cuyo lugar, entonces todo él cubierto de almendros é higueras, le separaba la pequeña cañada que hácia la Peña del Oro endereza.

La morada de los Beni-Lope, ó como si dijéramos, hijos de Lope, estaba rodeada de tierras de la propia familia, que bajaban al arroyo Jabonero, llamado hácia esta parte, Toquero, y subiendo por las laderas de enfrente, venian á ser las mismas que hoy día corresponden á *lo de Tellez*, como al uso de la tierra llaman los Malagueños á la referida propiedad.

Tampoco se diferenciaba mucho la casa de los Ben-Lope de la que en nuestros dias habitan en el frontero ribazo los moradores cristianos.

IV

El clima de Andalucía, si bien es seco, á la manera de buena parte de la Península Ibérica, no llega, ni con mucho, al de tierra de Murcia y Alicante. Llueve no poco en Málaga, por ejemplo, si con las dos últimas regiones se compara; y en tiempos de Moros llovía mucho más, por hallarse todas aquellas sierras cubiertas del arbolado que hoy falta. El clima no puede menos de influir en las costumbres y usos de los moradores, con lo que, si bien los Árabes venian de tierras, en donde lo frecuente es, que las casas tengan azoteas, no variaron de tal manera su construcción en esta parte de la costa, como desde Almería en adelante, donde la falta casi completa de lluvias, permite haya azoteas de ligeros materiales en las casas más débilmente construidas.

Tampoco en las de campo era fácil viviesen los Moros con la misma independencia y apartamiento de la vecindad que en las ciudades, de modo que apenas se diferenciaba la morada de Ben-Lope de las que al presente se ven por aquellos contornos. Tenia sólo piso bajo y desván, que servia para conservar, no sólo los artículos de consumo necesarios en una casa de campo, pero los higos secos, pasas y almendras, en tanto llegaba la ocasión de enviarlos á Málaga. Pocas eran las habitaciones. A la entrada estaba la más grande, en cuyo extremo se veia el hogar, y al lado una cámara pequeña, con artesa de amasar pan. Sólo en el resto de la casa, que formaban tres habitaciones, se advertía el influjo de las costumbres musulmanas. Las tres eran casi iguales; la primera, inmediata á la grande de entrada, de que ya hemos hablado, tenia en las paredes sendos alhamíes ó alcobas, que no eran sino arcos entrantes, en cuya parte baja y á poca altura del suelo quedaba el suficiente espacio para el estrecho colchón en que dormía un hombre. Eran tres las camas que de esta suerte habia, pues en una pared el arco era menos ancho, y en vez de formar alcoba, daba entrada á las dos habitaciones en que moraban las mujeres.

Pocas debían de ser las de casa, pues no se oia una sola voz femenil. La ley musulmana otorga, á quien la sigue, las mujeres que pueda mantener;

pero los Ben-Lope, á semejanza de todos ó la mayor parte de los Musulmanes que sólo alcanzan mediano bienestar, no mantenían sino una ó dos esposas á lo sumo.

Al llegar Yusef con los Montañeses y el herido á breve distancia de la casa, salió un hermoso alano ladrando y alejándose del *sombrajo* ó cobertizo; hecho de troncos de pita cubiertos de paja que por delante de la fachada corre á la altura del tejado; cuanto se lo consentía una larga cadena; pero al ver que su amo llegaba, trocó la furia en leal alegría, deshaciéndose en saltos y tirones por romper la cadena y acudir á lamerle las manos. — ¡Quieto, *Sil*! —exclamó Yusef,— y á tu sitio, que todos cuantos aquí vienen son amigos.

El alano obedeció al punto, no sin enviar algunos gruñidos á los hijos de la Jarquía, miéntras éstos permanecían sin osar moverse á vista del robusto cuerpo y afilados dientes del custodio de la casa.

Siguiendo la línea del *sombrajo*, corría un pretil sólo abierto delante de la puerta para franquear la entrada, del cual arrancaban machones que sostenían el referido cobertizo. Mas, como entre los anchos huecos no se veían sino macetas, es decir, tiestos, llenos de flores y enredaderas que en todas direcciones cruzaban, bien puede asegurarse que una pared de alegres y hermosas plantas estorbaba divisar lo que en la oscuridad del sombrajo acaecía. Ni era mucho hallar tantas flores, ni oler su deleitable fragancia, por Marzo, en tierra donde nacen al aire libre rosas de olor en el mes de Enero.

En esto, acallado el rugiente ladrar del alano, y así como cubre aquellos áridos peñascales jazmín de suavísimo olor, cual trueca el hilo de agua, estéril suelo en paraíso que el azahar perfuma, como al reseco *terral* sucede el húmedo *levante*, oyóse blanda y apacible voz de doncella, que desde el *sombrajo* decía:

— ¡Yusef! ¡Yusef!!

V

Dos Moras, modestamente ataviadas y con el rostro descubierto, acudían á recibir á Yusef. Una de ellas, anciana y débil, apoyaba la diestra en el hombro de la otra, que era jóven y bellísima. Ambas, madre y hermana de Yusef Ben-Lope.

En breves palabras las enteró éste de cuanto había acaecido. Fueron generosamente pagados los Montañeses, quienes, al ver el dinero en sus manos, se prestaron á llevar el herido cristiano á lo interior de la casa. Dejáronle en la primera habitacion, y miéntras Moraima, que así se llamaba la jóven, les daba sendos tabaques ó cestíllas de aceitunas, sabrosamente adobadas, con otros tantos panes hechos, por mitad, de harina de maíz y de trigo, Yusef consultaba con la madre, cuál sería la mejor habitacion para que hallase el herido tranquilidad y reposo. Sentáronse los de la Jarquía, antes de irse á su casa, en el suelo, al amparo del sombrajo, para despachar con buen apetito las aceitunas y él pan; y la anciana Fátima dijo: que miéntras se hallase el herido tan grave, como á la sazon estaba, deberia reposar en la habitacion más tranquila y apartada de todo ruido. Entonces, asió Yusef el cuerpo, punto menos que inerte del cristiano, y ayudándole madre é hija, entraron en la segunda de las dos habitaciones que éstas tenian para si.

Finas esterillas de verano cubrian los suelos; azulejos de finísimos colores azul y pardo oscuro, subian por las paredes como á una vara del suelo; cojines forrados de tela de lana de vivos colores formaban el estrado, y en un pebetero dispuesto en medio de la segunda habitacion, diversos aromas, entre los que predominaba el benjuí, despedían grata fragancia. No había otros muebles, ni otro lujo en la modesta mansión de los Beni-Lope.

Llevado el cristiano á la segunda y más reducida habitacion de las mujeres, *ginecéo* ó *harem* proporcionado al resto de la casa, desarmáronle primero, y, quedando solo Yusef, le dispuso blando lecho en el alhamí ó alcoba de mejor abrigo. Registróle las heridas, y sólo le halló una por debajo del sobaco, que parecía profunda y muy grave. Entonces, y á pesar

de que las celosías no dejaban pasar sino escasa luz por la estrecha y única ventana, todavía entornó más, de suerte que apenas se viera lo suficiente para no tropezar.

En la habitación inmediata disponían la anciana Fátima y su hija Moraima hilas y vendajes. Yusef las dijo lo que debían hacer, y salió en busca de algunas plantas, que por aquellos arroyos medran, y son en extremo medicinales y á propósito para heridas.

La llegada de Yusef habia atraído á algunos servidores de su casa, que por las laderas inmediatas se hallaban trabajando en el campo. Uno fué con él, miéntras los demás se hacían cargo, éstos del caballo, alegrándose de ver no volvía herido, y aquellos de las armas ofensivas y defensivas que el amo había dejado arrimadas á la pared. El caballo fué llevado á la cuadra, y las armas, puesta la lanza en un armero que al lado del lecho tenía Yusef, miéntras al otro lado, de una alcayata, como aún se dice en Andalucía, ó escarpia, dorada, colgaron la adarga.

No tuviera el herido cristiano en su propia tierra más atentos y cariñosos enfermeros, de los que halló en Yusef, Fátima y Moraima. Siempre han estimado en mucho los Árabes la ciencia de curar; y á menudo, los mismos guerreros acudían con medicinas á las heridas que sus propias armas habian hecho.

Yusef Ben-Lope era labrador, y conocia muchos simples excelentes que, con oportunidad aplicados, fueron poco á poco devolviendo la vida al Cristiano.

VI

El apacible clima de la costa de Málaga, las medicinas y cuidadoso esmero de la familia de Yusef, hicieron tanto, que, al mes, el escudero cristiano pudo alzarse del lecho, para que le trasladasen á la habitacion donde dormía el Moro, dejando las dos interiores sólo para Fátima y Moraima.

No ménos agradecido el Cristiano, que maravillado del buen trato que recibía, supo al cabo que Yusef, herido y llevado cautivo á Castilla, habia sido curado y puesto en libertad por el caballero que le tenia en su poder, cuando éste supo que el valiente Musulmán era único hijo varón y amparo de la anciana Fátima. Desde aquel dia, se propuso el hijo de la costa malagueña hacer lo mismo con el primer Cristiano que se hallase en caso semejante al en que él se habia hallado. Dios quiso poner en sus manos al jóven escudero.

Llamábase éste Juan de Silvela, de la aldea en que tenía casa-solar á la entrada de Galicia, por la parte del Cebrero y Noceda, yendo del Bierzo. Allá le lloraba por muerto su madre, que era viuda.

Entre tanto, lo que habria sido harto difícil en Málaga, fué más hacedero en el campo. Yusef tenía que salir á menudo á dirigir, y aún tomar parte en las faenas del campo, cuando no á Málaga, para entenderse con los comerciantes que le compraban los delicados y valiosos frutos de su finca. Quedaba, pues, Juan de Silvela al cuidado de Fátima y Moraima, por espacio de largas horas que la casa permanecía sin más custodio que el valiente alano *Sil*. Cierto que éste hacia cuanto de su parte estaba, no sólo para avisar la llegada de todo forastero desconocido, y aún estorbarle el paso, mas para lamer la mano del herido cuando éste cedia al sueño, reclinado en los cojines que las caritativas mujeres le ponian diariamente á un lado de la entrada, al resguardo del sombrajo. Añádase á aquella facilidad de trato con las mujeres, que los Musulmanes españoles eran acusados por los de su propia fe, de África y Asia, de no muy fieles guardadores de los preceptos del Profeta. Como dos siglos ántes del tiempo á que se refiere esta narracion, un Rey de Almería se puso

turbante, por complacer á los Musulmanes africanos, prueba de que los españoles no tenian mucha costumbre de usarle.

Pero, si en esto sólo se apartáran de su ley los nacidos aquende el Estrecho, todavía se les podia perdonar. Ello era que el Koran quizá estaba obedecido; pero como buenos hijos de Iberia los del *Andalus*, y corriendo por sus venas no poca sangre nuestra, practicaban, á propósito de su religión, aquella tan sabida máxima española: *Se obedece, pero no se cumple*. Los Musulmanes de la Península llevaban el quebrantar la ley de Mahoma, hasta el punto de beber vino. No sigamos diciendo su mala manera de ser verdaderos creyentes; pero añadiremos, que, si bien no habia ya entre ellos los filósofos burlones, y aun ateos de Córdoba; que allá, como en todas las épocas de decadencia moral y próxima ruina de un pueblo, mancillaron las escuelas musulmanas, á semejanza de los hongos venenosos que nacen de vegetales corrompidos; todavía los austeros Musulmanes hallaban no poco qué reprender en los Moros del reino de Granada.

De todas maneras, en el campo y en casas de gente que, si bien tenía para vivir, no era rica , se comprende no se hallasen las mujeres del todo reclusas en el Harem como en las ciudades. Asi, miéntras Fátima hilaba, sentada al lado del herido, Moraima salia y entraba en la casa, ó bien permanecía en las habitaciones interiores, ocupada en los quehaceres diarios, ni más ni menos que hoy las hacendosas mujeres de aquellos contornos. Una esclava negra, niña de catorce años, pero robusta y enseñada á servir, ayudaba á Moraima, cuando ésta tenía que emplearse en las faenas más rudas.

El trato frecuente de los Moros con los Cristianos, y la ventaja que éstos llevaban á la sazon en todo, eran causa de que muchos, por tierra de Granada, hablasen castellano. No eran tantos por la de Málaga; pero Yusef, que algo sabia ántes de verse herido y cautivo, tuvo luego espacio de sobra para aprender el idioma de Alonso el Sabio. Moraima mostró empeño en hablar como aquellos: Cristianos, que tan bien lo acababan de hacer con su hermano querido, y en pocos meses aprendió de Yusef cuanto éste sabia.

La anciana Fátima se sonreía, suspendiendo á veces el contínuo hilar, embelesada de oir cómo su hermosa Moraima cantaba aquellos versos cristianos, que, por entonces, corrian de boca en boca

Yo m'era mora Moraima,
Morilla de un bel catar:
Cristiano vino á mi puerta,
Cuitada, por m'engañar.
Hablóme en algarabía
Como aquel que bien la sabe:
— Ábrasme la puerta, mora,
Si Alá te guarde de mal.
— ¿Cómo t'abriré, mezquina,
Que no sé quien te serás?
— Yo soy el moro Mazote,
Hermano de la tu madre,
Que un cristiano dejó muerto;
Tras mí venía el alcalde.
Si no abres tú, vida mia,
Aquí me verás matar.
— Cuando esto oí, cuitada,
Comenzéme k levantar,
Vistiérame una almejía
No hallando mi brial,
Fuérame para la puerta
Y abríla de par en par.

VII

En cuanto á Juan de Silvela, no habia aprendido sino una palabra en árabe, la cual pronunciaba siempre que veia á Moraima. Aquella palabra era: *Ilahya*, que viene á equivaler á *divina*, aunque en algarabía, esto es, en la lengua franca que los Cristianos usaban para entenderse con los Musulmanes, decían *Lela*, que valia *señora*. Ambos significados los juntaba, sin duda, el Cristiano, cuando del corazón le acudian á los labios, no sólo en presencia de Moraima, pero aun con sólo acordarse de ella. No habrá dejado de parecer sobremanera extraño el nombre de familia de los huéspedes del herido. Breves palabras aclararán el caso. Los Bereberes y Árabes conquistadores eran muy pocos para poblar por sí solos á España; y, desde luego, en interés propio, dejaron á los Cristianos en posesión de las tierras que labraban, con tal de pagar tributo, que en las tierras llanas y meridionales llegaba á la tercera parte de los productos, siendo menor en las del Norte, por respeto al carácter indómito de los moradores. Fué propiedad del Estado el *Khoms*, ó el quinto de tierras y casas, conservando el resto sus antiguos propietarios.

Sabido es cuánto muda de manos la propiedad más sólidamente establecida; pero habiendo ido convirtiéndose al Islamismo gran número de familias cristianas, les fué hacedero conservar la propiedad, trasmitiéndose de tal suerte de generacion en generacion la sangre española, que, aun en la propia capital del Reino Granadino, era imposible hallar familia que no tuviese por parte de sus abuelos gran mezcla de sangre cristiana.

Del propio nombre Lope, hubo una dinastía árabe en Zaragoza, que conservó el patronímico; todo lo cual hará comprender al lector que, en efecto, los Beni-Lope de Málaga eran de origen español. Pero, aunque presumían de él, y fué lo primero que dijo Yusef al Cristiano, apenas éste se halló en estado de comprenderle, no por eso dejaba la familia de permanecer, siglos hacía, fuertemente apegada á la ley de Mahoma; y tanto, que, no sin lágrimas, pensaba la anciana Fátima en que los Cristianos pudiesen reconquistar el territorio granadino. Para entónces,

Yusef decía, que, si Allah negaba á los creyentes la tierra de Málaga, él, después de guerrear hasta lo último, se embarcaría con su madre y hermana para la costa de África. Ni era mucho que tal sucediese, cuando la Alpujarra, la *guerrera*, asi llamada por los Árabes, á causa de la resistencia que su población, siempre de origen español, habia hecho á la conquista, fué después el último baluarte de la gente musulmana.

Pocas, tal vez ninguna familia de tierra de Málaga, había conservado la tradicion, como los Beni-Lope. En cuanto á Yusef, era moreno y de ojos negros, como su madre Fátima.

Moraima, en cambio, mostraba en el rostro la noble sangre del último Lope cristiano. Era de mediana estatura, tan bien proporcionada y esbelta, que parecía más bien alta. Su ademan, ántes que la timidez de la paloma, que en las Moras se advierte, recordaba la gracia y gallardía del cisne. La marlota, con que remplazaba la saya de las Cristianas, y la balmalafa, que hacía veces de manto, parecían gracioso disfraz, y no verdadero traje de la hija de Godos y Españoles.

Y aun si en ello pudiera haber duda, bastaba, para desvanecerla, el divino rostro de Moraima. Era su óvalo levemente ensanchado hacia los pómulos, carácter distinto y aun opuesto al del rostro árabe; los ojos, azules y de mirar dulce y blando, no apasionado ó fiero; la purísima linea griega de la nariz, sólo cedia en belleza á la boca más graciosa y admirablemente modelada, que imaginó para la hermosura de la mujer el Autor de lo creado. Rubios y ensortijados cabellos ornaban la frente y sienes de Moraima, mientras el pudor de la inocencia iluminaba, digámoslo, su tez de rosa y azahar.

«Lel-la... no... ángel, serafín bajado del cielo, sois, Moraima,» exclamó el Cristiano al abrir los ojos y ver que la hermosa inclinaba el rostro hácia él, por si dormia.

Vividos rayos de esplendente lumbre envia el sol á los picos de la sierra de Mijas, cuando aún permanece la roja esfera allende las aguas, para las márgenes del Guadalhorce: así encendió el rubor las mejillas de Moraima

VIII

— Ya estáis mejor, caballero; se os conoce en la voz, —dijo la doncella, con el gracioso acento que aún conservan las hermosas hijas de la costa de Málaga.

— Dos cosas me habéis dicho, Moraima, —respondió el Cristiano;— que no son de igual manera verdad. Decís que estoy mejor, y es cierto; pero me habéis llamado caballero, y no lo soy, aunque hidalgo.

— Pero podeis serlo, cuando querais.

— Cuando esté armado.... Cabalmente, á eso vine por escudero del Maestre de Santiago; pues yo no queria me armasen caballero sino después de ganar tamaña honra con la espada. Dios no quiso conceder la victoria á los Cristianos....

— Dí más bien, —interrumpió Yusef, que á la sazon volvía del campo,— que los Cristianos anduvisteis harto imprudentes. Por cierto, que no era sino tentar á Allah, emprender á ciegas tan desatinada correría.... Aún no habiais salido de Antequera, y ya estábamos avisados todos los guerreros para saliros al encuentro. Si ántes no lo hicimos, fué por dejaros caer en la trampa, de suerte que no os pudieseis escapar.

— Y bien lo hicisteis, á fe. Por cierto, que, ni aun puedo decir, si el Maestre es con vida.

— Sano y salvo está.

— Entónces.... sólo siento hallarme cautivo, y no tomar el desquite en su compañía.

Llegóse Yusef al Cristiano, y le enseñó una gaviota, que, en aquel momento, volaba, casi rozando la cumbre del cerro de San Cristóbal.

— ¿Ves aquella gaviota? —dijo el Musulmán; mírala bien..... Pues tan libre eres tú.

— Gracias, Yusef... —exclamó el Cristiano conmovido;— pero yo te debo rescate.

— ¿Pagué yo alguno al Mariscal Pero Pardo de Cela, cuando me dió libertad?

— ¿Tú has sido cautivo del Mariscal?

— Como tú, caí herido en sus manos; como á tí me asistieron en el castillo de la Frouseira, en Galicia, por órden de su señor. Como yo á tí... me pusieron en libertad... Ya sabes que el Mariscal es tan altanero con sus iguales, y aun con los reyes... como blando, en general, con los que toma bajo su amparo. Supo que yo tenía madre, y era hijo único; y al punto mandó curarme, para después ponerme en libertad sin rescate. En mi convalecencia, casi puede decirse me asistió ese hermoso alano, que ahí yace á tus pies. Viendo Pero Pardo, que á todas partes me seguía el noble animal, me le regaló diciendo:

— Te doy uno de los mejores alanos que hay en España.

— Y tenia razón, —añadió Yusef,— *Sil* es el mejor perro de su casta que he conocido.

— ¿Y cómo no le llevas á la guerra?

— Porque no me le dieron, para que le enseñase á matar á los tuyos...

— Noble respuesta.

— No, sino la que me dicta mi sangre; —respondió Yusef,— que, según ya sabes, es tan española como la tuya... — Y si eres español, ¿cómo crees en el falso profeta?

— No hablamos de eso, —dijo el Musulmán, con ceño, y serenándose al cabo, añadió sonriendo;— bien sé que está escrito que los Cristianos han de señorear de nuevo la costa de Málaga... Para entónces, ahí enfrente nos queda la tierra de África. Durante muchos años, fueron conocidos los Beni-Lope por renegados de su antigua fé... Miéntras Yusef viva, no le ha de llamar nadie, renedo de la religión que heredó de su padre.

— Pero, ¡desdichado! —exclamó Juan de Silvela,— ¡no ves que gate

condenas de seguro!

Sonrióse amargamente Yusef, y añadió:

— El Mariscal Pardo de Cela me propuso lo que tú, pero al oirme la propia respuesta que te acabo de dar, no trató de ofenderme de nuevo.

— ¿Te ofendo?

— ¡Mortalmente!

— Callo, pues.

Hubo breve momento de silencio. Fátima, que no entendia sino palabras sueltas, hilaba, sin decir palabra. Moraima, sentada en un cojin á los piés de su madre, tenia los ojos clavados en el suelo, miéntras jugaba distraída con las puntas de sus rubias trenzas, que por hombros y pecho la caian, viniendo de atrás adelante.

— Sólo siento, —dijo al fin Yusef,— no poder darte algo, que te recuerde nuestra casa. De Galicia traje yo un fiel alano. De Málaga, ¿qué podrías tú llevar?...

Yusef entró en la casa, y Juan de Silvela puso los ojos en Moraima; esta alzó los suyos tambien, y ambos permanecieron largo rato mirándose, como, en noche de verano, devuelve el sereno espejo de la bahía de Málaga sus rayos á la luna, que sin cesar riela en el apacible ondéo de las aguas.

IX

"Yo m'era mora Moraima,
Morilla de un bel catar:
Cristiano vino á mi puerta
Cuitada, por m'engañar..."

Aquí llegaba Juan de Silvela, cantando, miéntras bruñia el capacete, cuando Moraima exclamó:

— No sigais... que teneis un modo de cantar, tan triste, que me dan deseos de llorar, con sólo oíros. — Pues, vos siempre estais cantando lo mismo, —repuso el jóven.

— Así es la verdad, pero no me causa la tristeza, que cuando cantais vos.

— Eso quiere decir, que, de todas maneras, no os parece alegre.

— Cierto.

— La verdad es, que con la costumbre de oir á los soldados de Andalucía y Castilla, ni me habia detenido á pensar, en si era alegre ó triste la letra.

— La letra y la música son tristes, pero... cantadas por vos... me hacen llorar, —respondió la hermosa Moraima, llorando de veras.

— ¡No lloréis, Moraima!... Habráse visto cosa más singular, —exclamó Juan de Silvela;— llorar por unas coplas, que no tienen significación ninguna....

— ¿Que no tienen? —repuso, con dolorido acento, Moraima,— para vos, no tendrán, para mi le tienen muy grande... —y se entró en la casa llorando.

Juan puso el capacete; que, por airon ó pluma, tenia una rama de helecho; en un escaño, y sentándose en el cojin, como siempre, puesto á su disposición sobre una pequeña alfombra, á la puerta de la casa, quedóse

largo rato pensativo. Por primera vez, advirtió cuánto amaba á Moraima. Amor sin esperanza, pues la hermosa hija de los Beni-Lope no habia de tornarse cristiana, y él no podria amarla, sino como esposa. Que Moraima, inocente y pura, miraba con agrado al Cristiano, harto lo sabia este tambien; pero, de allí no podia pasar el amor de entrambos. La religión de la Mora y la honra de Juan de Silvela estaban de por medio.

Después de lo que acabamos de decir, pasaron dias y semanas, haciendo ya para tres meses que el Cristiano estaba en la casa. Su herida cerrada, la salud restablecida y las fuerzas casi repuestas del todo, le habian de obligar, en breve, á partir á su tierra. A decir verdad, por más que allá le esperara su madre, no experimentaba los deseos que, en cualquiera otra ocasión habría tenido de tornar á Galicia.

Las horas de forzado reposo, habíalas empleado Juan de Silvela en arreglar sus armas y bruñirlas, siendo, para él, noble razón de orgullo mostrar la abolladura, que á la derecha del peto y debajo del brazo, habia hecho la lanza mora, ántes de abrirse paso, hiriendo entre aquel y el espaldar.

Conforme el jóven iba cobrando fuerzas, en proporción se retraía Moraima de permanecer con él á solas, pasando la mayor parte del dia encerrada con su madre en las habitaciones interiores. Así, después de las primeras horas de la mañana, en que la hermosa jóven tenía que acudir al arreglo interior de la casa, Juan de Silvela permanecía solo, sin más compañía que cuando tornaba Yusef del campo. Ya no le servían á la mesa Fátima y Moraima, como en las primeras semanas de convalecencia; y, salvo por las mañanas, y breve rato, al anochecer, en que madre é hija disponían la comida para los trabajadores; el Cristiano á nadie veía ni hablaba, doliéndose únicamente de no ver á Moraima.

En vano, después de quitar el polvo á sus sencillas armas de escudero, y de complacerse en mirarse en ellas, como en espejos, daba vueltas en derredor de la casa, deteniéndose siempre con algún pretexto delante de las pequeñísimas ventanas, con espesas celosías, de las habitaciones de Moraima. En vano aplicaba el oído, por ver de escuchar, á lo menos, su voz. Cansado, tornaba Juan de Silvela al sombrajo, donde siempre le recibía con leales caricias el fiel alano *Sil*.

Un dia, sin duda ya cansado de tanta soledad, determinó probarse las armas, de que en breve habia de necesitar para volver á su tierra, mas no

podía hacerlo sin ayuda, y prevaliéndose de la confianza qué en la casa tenía, iba á llamar á Moraima, para que, con la esclava negra, le pusiera las hebillas.

Como lo principal para Juan de Silvela, era ver á Moraima, las cosas se arreglaron de otro modo. El cielo ha concedido á la costa de Málaga sabrosos y riquísimos frutos, mas no agua en abundancia. Háila, sin duda, en ciertos lugares; pero, en general, no abunda. En las inmediaciones de la casa de los Beni-Lope no habia agua potable, sino hacía el mismo arroyo Jabonero, por el recodo de éste, frente al sitio en que vivía Moraima, y al pié del repecho donde yace, al presente, la casa de Tellez. Aguas de arroyo con adelfas, no son buenas para beber, y los arroyos de la costa del Mediterráneo producen multitud de aquellas plantas, agradables á la vista, en especial, cuando están floridas, por lo que las han llamado los Franceses y no pocos Españoles, que ignoran el castellano, *laureles-rosa*; pero las aguas corrientes lo pagan, adquiriendo perniciosas calidades.

En el recodo, inmediato al arroyo de que acabamos de hablar, había excelente venero, que hoy existe de la propia suerte que entónces; tiene puertecilla de madera, cerrada con llave. Va el cauce por profundo barranco, y los tajados peñascales de pizarra arcillosa de color rojizo, ostentan á trechos tal cual mata de pita, cuyo gallardo pitón adornan graciosas flores amarillas alternadas, y espesas matas de pencas, que en verano dan sabrosísimos higos chumbos.

Nada altera el silencio de aquel desierto lugar, salvo el apagado murmullo del hilo de agua, que, en invierno y primavera, corre de poza en poza, después del torrente, que de las alturas de tierra adentro, cae cuando llueve. En verano, sólo se ve tal cual pocita ó pequeño remanso de agua, miéntras ésta se sume y corre bajo la arena.

La llave del venero ó Mina, que así se llama hoy dia, estaba en casa de los Beni-Lope, á quien pertenecía todo aquel terreno, como al presente se halla en poder de la familia de Tellez, por igual razon.

Ahora bien, cuando ya habia resuelto Juan de Silvela llamar á Moraima,

para que le ayudara á ponerse las armas, llegó el esclavo de una casa inmediata, con un borriquillo moruno, que llevaba en las aguaderas cuatro cántaros, á pedir le permitiesen tomar agua de la Mina, que no sólo es excelente, como potable, pero tiene segun aseguran, muy buenas virtudes para remediar varios padecimientos.

X

Generosos y amigos de servir á todo el mundo, han sido siempre los moradores de la costa de Málaga, y Moraima sabia que su hermano Yusef otorgaba de grado á todos la peticion del esclavo. Pero más de una vez habia sucedido, que, por descuido y aun mala voluntad, llegaran los esclavos de otras casas á enturbiar el manantial, de suerte, que era necesario dejar después bastantes horas, para que el agua recobrase la limpidez que antes tenía.

Juan de Silvela, viendo la perplejidad de Moraima, se ofreció á acompañar al esclavo, para que no hiciese más, sino llenar los cántaros y cerrar de nuevo; pero si la bajada, aunque por extremo pendiente, era fácil, no así la subida; y Moraima se negó desde luego á que el Cristiano fuese á la Mina, con el calor que hacía. Quedaba el enviar á la esclava, mas era ya tarde, y habia que estar á la vista de la comida, para cuando volviese Yusef con los trabajadores.

Cierto que Moraima no queria quedarse, punto ménos que sola, pues la anciana Fátima, ya hemos dicho apenas entendía algunas palabras en castellano; mas, por fin no hubo otro remedio, y miéntras la negrita esclava iba á la Mina en compañía del recien llegado, Moraima fué á llamar á su madre.

— Oidme, Moraima, —exclamó Juan de Silvela; — sereis capaz de no querer deteneros, un momento siquiera?

La hermosa jóven permaneció sin saber qué hacer, llevándose ambas manos al corazón, que, en verdad, latia como si se la fuese á saltar del pecho.

Apénas se oian los pasos de los esclavos y el borriquillo, que ya iban camino de la Mina, y Juan y Moraima estaban, mudos de temor, sin acertar á decir una palabra.

Hermosa, cual nunca, Moraima, y encendida como la grana, ponia de vez

en cuando tímidamente los ojos en el Cristiano, que, por su apostura y gallardía, era, en verdad, el más apropiado compañero que para la jóven pudiera hallarse. Pálido aún Juan de Silvela, era de alta estatura y cuerpo bien proporcionado; blanco de rostro, los ojos azules y castaño el cabello, que en larga melena le llegaba hasta los hombros, mostraba el Cristiano, aunque jóven y casi imberbe, ser noble prototipo de su raza. Por último, dijo:

— De dia en dia os alejáis de mi, Moraima. ¿Qué daño os he hecho? ¿En qué os he ofendido, para que, de esa manera, huyais de estar á solas conmigo, como en otro tiempo?

Desde el sitio en que ambos jóvenes estaban, se veian varios álamos, en lo hondo de la cañada, inmediato al arroyo. No temblaban más las hojas verdes y blancas de los gallardos árboles, á impulso de la brisa del Mediterráneo, que Moraima ante la presencia y palabras de Juan de Silvela.

— ¿No me contestáis, Moraima? —añadió éste, tratando de asir su mano.

Retiróla al punto la Mora, diciendo:

— ¿Sois, por ventura mi esposo?

— Ojalá, Moraima de mi vida.

— Pero, ¿lo sois? — ¡No!...

— ¿Lo podeis ser?

— Por el Santo Apóstol, cuyo verdadero cuerpo yace en Compostela, ¡qué más podría yo desear que ser vuestro esposo!

— No se trata de vuestros deseos.... ni de los mios.... Se trata de que no pudiendo ser mi esposo, no podeis llegaros á mí sin respeto, ni teneis para ello ningún derecho.

— ¿Ni siquiera el de amigo agradecido, Moraima de mi vida?

— Si lo fuerais, como decís, no habriais hecho lo que acabais de hacer.

— Apenas he hecho otra cosa, sino tocar vuestra mano con la mia.

— Pues, por eso, señor escudero. Soy dama.... aunque Mora y pobre.... y.... en fin se trata, repito, de que no pudiendo ser mi esposo, no podeis llegaros á mi sin respeto, ni teneis para ello derecho.

Y Moraima llamó á su madre.

Mientras tanto, Juan de Silvela puso las armas á un lado, y tomando el capacete, miró su único y por extremo singular adorno, que era, como ya hemos dicho, una rama de helecho, á guisa de pluma, la cual estaba harto marchita, pero no del todo seca. Quitó la graciosa rama de donde estaba, y entrando en la casa, llegóse á Moraima, que se hallaba sentada cabe el hogar, al lado de Fátima:

— Moraima, —dijo el Cristiano,— escudero pobre y honrado, no tuve para adornar mi capellina sino una rama de helecho, que al despedirse, llorando, arrancó mi madre del monte vecino á nuestra casa. Ella misma la puso lo suficiente sujeta para que sirviera de airón. Ni aun al caer yo herido y rodar mi capellina por el suelo, se desprendió el rústico adorno, que á un tiempo me recuerda lo que hasta el presente he amado más en el mundo, mi madre y mi tierra.... Hoy, la rama de helecho me acusa de que amo á otra cosa, mas que á mi tierra y á mi madre.... Hijo soy de caballero, y pienso serlo tambien, con lo que estoy obligado á decir verdad. Por mi Dios y por mi honra, juro sobre esta rama de helecho, sagrado emblema del cariño de mi madre adorada, para quien soy único bien, que Moraima Ben-Lope será siempre la dama de mis pensamientos, y si Dios lo permite, mi esposa. De lo contrario, juro de igual manera, no poner los ojos ni el corazon en mujer alguna, cualquiera sea su clase, hermosura, riqueza ó poderío.

Al oir esto Moraima, se puso en pié, cruzando los brazos, poniendo sobre el corazón la diestra, con gracioso y noble ademan, é inclinando la cabeza, sin dejar de mirar al Cristiano, respondió:

— Señor, habeis hablado conforme al uso de vuestra tierra, donde suele ser, no sé si buena ó mala costumbre, que las doncellas oigan requiebros y juramentos á hurtadillas de sus padres. Mi madre no ha entendido sino la menor parte de cuanto acabais de decir. Esperad, pues, á que Yusef

venga, y él os dirá lo que mejor le parezca, á propósito de lo que una doncella no entiende... No prosigais, señor, ni me obligueis á ser descortés, cuando no soy sino prudente!

XI

Más enamorado que nunca el mancebo, y pareciéndole imposible hallar tamaña discrecion y modestia, á la par de tanta juventud y hermosura, ciego de cariño y escaso de experiencia, acudió á Yusef. Recibióle éste, como quien trata de curar á un enfermo de aprension; no llevándole desde luego la contraria, pero mostrándole cuan imposible era que Moraima Ben-Lope y Juan de Silvela fueran esposos.

— ¿Y por qué ha de ser imposible? —exclamó éste, lleno de desesperacion. — ¿No puede hacerse cristiana Moraima?... ¡Perdona! —añadió;— no te ofendas, Yusef. Veo el ceño con que me escuchas. Antes que ofender á mi salvador y amigo, arrostraria la muerte, por segura que fuese, Yusef. Serénate y óyeme....

— ¿Y no valdría más —respondió el Moro— que me contestases á una sola pregunta?

— Hazla, pues.

— ¿Te harias Musulmán, para casarte con Moraima? Porque, entonces, tuya es.

— ¿Y serías, capaz de dar tu hermana á un infame renegado?

— ¿Te enojas? —exclamó Yusef.— Y Moraima, por ventura. ¿no seria renegada, si se tornase cristiana?

— La mujer no es lo mismo.

— Esa mujer es mi hermana.

— Es un ángel. — ¡Y la quieres tornadiza!

— La quiero para mi fe, que es la única verdadera. Quiero que se salve, y no que vaya al infierno, como la sucederá, siguiendo la maldita ley de Mahoma.

— Eres un niño, —exclamó Yusef, conteniendo á duras penas el enojo.— Vé á tu tierra, Juan, cobra fuerzas, deja pasar tiempo, y si, como, con harto dolor lo temo, Allah no estorba que la hueste de Castilla se extienda por los alrededores de Málaga, á modo de nube de langosta, ya sabes, entónces, adónde puedes llegarte, para tener una hermosa cautiva.... Yusef, el último Ben-Lope, habrá muerto defendiendo la ley del Profeta Mahoma, por quien jura morir, antes que merecer el nombre de renegado que llevaron sus abuelos.

— Véngate, Yusef. Créeme capaz de acudir, á la cabeza de una banda de foragidos, á saquear la casa de Ben-Lope y cautivar á Moraima.... Véngate.... Ya te has vengado, con sólo decirlo, Yusef.

En ciertas épocas solemnes, general presentimiento anuncia á los corazones la ruina inevitable de un pueblo. El Musulmán, que á su entrada en España habia convertido en poco tiempo á su fe provincias enteras; acorralado luego en el hermoso reino de Granada, que iba cayendo á pedazos en poder de Castilla, más qua de hacer prosélitos, tenía que cuidar de defenderse de enemigo superior y ya incontrastable. Lo contrario sucedía al Cristiano, cuyo empeño en convertir Musulmanes, Judíos y cuantos profesaran agena religión, habia de ir cada vez aumentando, en proporcion del buen éxito de siete siglos de resistencia y lucha, no sólo contra los Moros españoles, cual hoy pretenden algunos enemigos de la gloria de nuestros abuelos, pero contra buena parte del poder musulmán.

Conforme hablaban, iban bajando Moro y Cristiano, sin saber qué hacian, al arroyo. Molestaba el sol, y, como era ya mediada la tarde, siguieron hacia la Mina, en cuyo recodo, el tajo ofrecia grata sombra y fresco ambiente.

Juan de Silvela llevaba en su gorra la rama de helecho, airon de la capellina, de donde la habia quitado, á poco de jurar que Moraima sería la dama de sus pensamientos, y, si Dios lo permitía, su esposa. Juan queria llevar consigo á todas partes lo que, para él, era ya, no solo emblema del cariño de su madre, pero de fe en Dios y de honra. Al llegar á la Mina, no pudo ménos de sorprenderse Yusef de ver poco más allá á su hermana, que acababa de tomar agua en una alcarraza para Fátima, á quien por la desigualdad y recodos del arroyo, no habian visto sentada en una peña Juan de Silvela ni su amigo. Bebió la anciana, y, dejando Moraima la alcarraza en la verde franja de yerba del arroyo, saludó á Yusef y al

Cristiano. Nadie habló palabra, y era tal el silencio, que, sólo de vez en cuando, se oian las gotas que las húmedas peñas de la Mina enviaban al puro y limpio fondo del manantial.

Llegóse Moraima á cerrar la puertecilla, y cuando tornaba á sentarse al lado de su madre, Juan de Silvela, movido de irresistible impulso, exclamó:

— ¿Será licito á un pobre hidalgo dejar en manos de la hermosa á quien ama.... sin esperanza, el único joyel que posee?

Nadie contestó. Sólo Moraima dijo breves palabras en voz baja á Fátima, la cual replicó al punto negativamente, más aún con el gesto que con las palabras.

El Cristiano vio la acción y comprendió lo que significaba. Quitóse la gorra, y tomando la rama de helecho, dijo:

— ¡Hé aquí mi único joyel!... ¿Nadie le quiere?

No halló más respuesta que la primera vez.

Habia —y todavía existe— á la derecha de la Mina, un pequeño ribazo de tierra, donde la humedad del venero mantiene perpétuo verdor, aun en verano.

— Pedazo de tierra de Andalucía, —dijo Juan de Silvela,— que me recuerdas la tierra bendita y adorada de mis padres; montón de yerba, que tan á menudo has traido á mi mente el color de esmeralda de Galicia, recibe, más piadoso que ningún ser humano, recibe en tu seno, ampara y da vida á esta planta, criada en tan luengas tierras, que semanas de jornadas las separan de tí....

Y el Cristiano, sin acertar apénas á ver, porque le enturbiaban lágrimas los ojos, añadió, ahondando con su puñal la tierra, plantando la rama de helecho, y separándose luego, no sin piadoso temor:

— ¡Dios lo quiere! Sé benigno, monton de tierra, que alguna maga trajo aquí desde Galicia, sé más benigno que el hombre, con el único joyel del triste Juan de Silvela. Cuando mi madre me abrace, quiera el cielo no pregunte por la rama de helecho, pues tendré que decirla dónde ha quedado su raíz enterrada, á la par de mi corazón.... ¡Dios lo quiere! — Estaba escrito! —dijo con sereno y triste acento Yusef.

Oyóse en esto como el gemido de una tórtola y ambos acudieron hacia Fátima, en cuyo regazo dormia, al parecer, Moraima.

Llegó primero el Cristiano, mas Yusef le separó blandamente, diciendo:

— ¡Aparta.... sólo está desmayada!»

* * *

Quince dias después, al rayar del alba, llegaban á la vista de Antequera dos hombres á caballo. Era uno de ellos Musulmán, iba montado con los estribos cortos á la gineta, y llevaba lanza y adarga; el otro montaba á la brida, esto es, con los estribos largos y las piernas por consiguiente extendidas; eran sus armas blancas, á saber, sin empresa ni insignia de ningún género, y en la cabeza llevaba capellina ó capacete sencillo, sin airón.

— Ahí tienes á la que fué nuestra *Antikeyrah*, —dijo á esto el ginete, que, por la voz, se conocía era Yusef.— Un Fernando la ganó, como otro á Sevilla, como el que amenaza á Málaga y Granada.... *Allah-Akbar*! Dios es siempre Dios, ampare ó no á los verdaderos creyentes....

— Él te ilumine, Yusef; —exclamó Juan de Silvela, que era su compañero.— A Moraima cuando se restablezca del todo de la gran enfermedad que ha tenido.... ya que me haya de olvidar.... dila mire al menos por la rama de helecho, que, espero en Dios, reciba jugo y vida del manantial.... ¡y de la vista de Moraima!!

Separáronse cariñosamente; puso el Cristiano espuelas á su bridón, y, miéntras en lo alto doraban los primeros rayos del sol las almenas del castillo, iba tambien corriendo la luz por la *Torremocha* y barbacana de Antequera.

De lo alto de la loma, en donde ámbos amigos se habían despedido, decía Yusef, con acento, á la vez místico y guerrero:

— *¡Guala ghalib illa Al-lah!*

— Sólo Dios es vencedor, —repitió Juan de Silvela.

Alzóse, en esto, un escucha de entre las quebradas del terreno, mas dejó

de tender el arco, al ver que el Cristiano, santiguándose, gritaba con guerrero acento:

— ¡Santiago y Galicia!

XII

Cuatro años después de los sucesos que acabamos de referir, fiero rumor de armas y aprestos de guerra cundía por toda España. La indómita nobleza de Galicia, castigada por los Reyes Católicos en la persona del ilustre Mariscal Pero Pardo de Cela, ajusticiado en compañía de su inocente hijo en la plaza de Mondoñedo, se apercibía á la guerra contra el Moro. Málaga era la presa que acechaban los Cristianos.

Desde la punta de Vares, hasta las riberas del Miño; desde las deleitosas rias de la costa occidental, hasta los montes del Courel, hombres de armas, vestidos de hierro de piés á cabeza, y villanos de hacha y capellina, acudian, aquellos sueltos ó formados en marciales hileras, y éstos en confuso montón ó en ordenados escuadrones, segun habian llegado ó no á formar ya parte de la mesnada del señor. Cruzaban los ribereños del Eo, este rio y el Návia, para pasar por Asturias.

Por las fronteras de León y el Bierzo bajaban ríos de hombres como en primavera manan de la nieve arroyos desde la sierra Segundera al monte de Cuadramon. Los hijos de tierra de Coruña, Santiago y Pontevedra acudian á unirse en lo interior con los de Lugo, Monforte, Rivadavia y Orense, y divididos en tres grandes porciones, entraban unos en Leon por los ramos de Sierra Segundera, Porto y Peña Trevinca, y otros seguían la cuenca del Sil por Valdeorras, miéntras un alud humano caía de los montes del Cebrero y Piedrafita al hermosísimo valle del Bierzo.

Por esta parte, sabemos ya, estaba la casa de Juan de Silvela, en la feligresía de San Juan de Noceda. En una altura yacía la torre solariega donde Juan moraba, ya solo, pues su madre había muerto. A la puerta de la cerca que rodeaba á la torre, esperaban seis villanos, con capellina de cuero y poderosa hacha de hierro, batido orillas del Valcarce. Eran los vasallos de que el señor podía disponer para la guerra. En las seis casas que Juan de Silvela poseía, y llevaban su nombre; como todavía sucede, á semejanza de otros lugares de los alrededores; no quedaban más varones sino niños y ancianos que, á la par de las mujeres, despedían con lágrimas y abrazos á sus padres, hijos y esposos. Uno de éstos tenía del diestro un

caballo de guerra, armado el cuello, la cabeza y el cuarto trasero, pero no encubertado todo él, pues para la guerra de los Moros convenia tuviese más soltura en sus movimientos. Otro villano habia hecho de paje, armando á Juan de Silvela, el cual dijo, en seguida, queria permanecer á solas un momento antes de partir; y el improvisado paje habia salido afuera con los demás.

Los villanos oyeron, en esto, voces comprimidas, que parecian gemidos, y cobraron tal susto, que ya iban á entrar en la torre, temiendo no se hubiese puesto enfermo el señor, cuando vieron á éste salir armado de punta en blanco y con la celada caida, de suerte que no se le podia ver el rostro. A pesar de que Juan de Silvela iba, digámoslo, encerrado en su armadura, era fácil advertir que, en cuatro años, habia adquirido su cuerpo gran robustez. Su andar lento, como el de todo hombre armado á pié, llegó á serlo tanto, que de nuevo temieron los vasallos no estuviese enfermo. Al cabo, puso el pié en el estribo, y montó.

Tristísimo alarido hendió el aire, y mujeres, ancianos y niños rodearon largo rato á su señor, besándole la loriga y las manos, aunque iban cubiertas de acerados guanteletes. Al Señor Santiago, á la Magdalena, á la Vírgen Santísima, eran encomendados Juan de Silvela y sus vasallos por aquellos infelices, á quien la falta de fuerzas ó el sexo estorbaban el ir á matar Moros... ¡ó á morir, por ventura!

— ¡Dios os guarde, hijos mios! —exclamó Juan de Silvela, bendiciéndoles.

XIII

Hermosa y llena de alegría se muestra la costa de Málaga, por el mes de Mayo; hermosa y llena de alegría se mostraba á la vista el año de 1487. Benigno el clima y generoso el suelo, brindaban por doquiera paz al alma y riqueza al emporio granadino.

Mas no así los hombres. Naves de guerra ocupaban en el puerto el espacio donde, en otro tiempo, se mecían las del comercio; multitud de fugitivos se encaminaban á Granada por la Cuesta de la Matanza, ó acudian á refugiarse en Málaga.

Y en tanto allá, camino de Vélez, negra línea, larga, interminable, de la cual brotaban á veces vívidas chispas, que no eran sino reflejos del sol en armaduras, anunciaba á los Malagueños que el aborrecido cristiano, desecho en las lomas de Cútar, y rechazado, hasta entonces, por todas partes, venía con ánimo firme de no retroceder.

Estrecho era el camino y molesto sobremanera, para tan numeroso ejército. Las mansas olas del Mediterráneo besaban los cascos de caballos y acémilas, y á veces, el descuidado peón tenía que huir de las aguas, á cuya lengua iba andando. Breve distancia separaba ya al ejército de la ciudad, cuando corrió la voz de batalla en batalla, de que las compañias de Galicia, que iban á vanguardia, se disponían á combatir.

En aquel solemne momento, en que los hombres se preparan á despedazarse, hay siempre cierta tendencia en cada uno á recogerse y permanecer abstraído, siquiera sea brevisimo instante. Si éste se prolonga, la espera llega á ser casi un dolor, cuya aguda impresion aumenta, conforme más necesario es aguardar. En semejante caso, el hombre necesita serlo con toda firmeza, y estar apercibido para cuanto pueda sobrevenir.

Detúvose el ejército, y al cabo se supo que los Gallegos atacaban al cerro de San Cristóbal, guarnecido de Moros, y que, por estar más alto, dominaba á Gibralfaro. Las oleadas de hombres son tanto ó más movibles

que las del mar. Habíanse adelantado los que inmediatamente seguían á las compañías de Galicia, mas, á poco, retrocedieron, viendo que éstas eran rechazadas. Comunicóse el movimiento á todo el ejército, y el desorden fué tal, que ya muchos creian á los Gallegos derrotados y forzoso el retirarse á Vélez.

Rehechos los valientes hijos de Galicia, arremetieron, retrayéndose y embistiendo de nuevo, oponiendo siempre su flema incansable al arrebato de los Moros. Al cabo, se puso el Maestre de Santiago á la cabeza de los Cristianos y señoreó la cumbre, clavando en ella su estandarte Luis Maceda, Alférez de Mondoñedo.

Al lado del Maestre, y cediéndole la delantera, á veces por cortesía, pero mostrando, otras, ciego deseo de pasar adelante, iba un caballero, sin airón en la celada, á quien seguían sólo dos peones. Cuando los Moros, de vencida ya, huian á refugiarse en Málaga, puso la vista en el arroyo, y sin hacer caso de cuanto en derredor pasaba, bajó á toda prisa; mas, como le incomodasen los *quixotes* y *grevas*, hizo que los dos peones que le seguian se los quitaran, quedando de esta suerte armado sólo de cintura arriba.

— ¡Moraima, Moraima! —exclamó.— ¡Quién me habia de decir, que, en vez de amor, te habia de traer hierro y matanza!

Levantó, para ver mejor, la celada ó parte delantera del yelmo, y entónces, aunque tostado del sol y del aire, y encendido con la fatiga del combate, quedó descubierto el rostro de Juan de Silvela, más varonil que en otros tiempos y más triste. Las otras batallas del ejército, miéntras los Gallegos abrian paso, movidas del deseo de ver el combate, y quizá no sin intencion, en algunos, de saquear las casas que todo en torno mostraban las blancas fachadas, hablan ido subiendo y extendiéndose por las alturas inmediatas.

Cuando tal vió Juan de Silvela, dióle un vuelco el corazon, pero no parecía que hubiesen llegado los Cristianos hacia el arroyo Toquero, esto es, hácia la casa y tierras de Ben-Lope. A pesar de todo, iba tan de prisa, que los dos vasallos, únicos que habian quedado en disposición de llevar las armas después del combate, más bien rodaban, que otra cosa, para poder seguirle. De esta suerte bajaron al arroyo, cuando ya iba anocheciendo. El empeño del guerrero, era llegar con tiempo á casa de Moraima, para si en ella estaba la familia, estorbar todo atropello.

Juan de Silvela no habia vuelto á saber nada, desde el dia en que Yusef llegó acompañándole hasta la vista de Antequera... ¡Cómo latia de temor y esperanza el corazón de aquel guerrero, que acababa de lidiar impávido, hasta señorear la cumbre del cerro de San Cristóbal! Llegó, en esto, al lugar donde la cañada, que bajaba de la casa á la izquierda, le mostraba el camino para subir. Siguióle, y miéntras sus vasallos, jadeando y sin fuerzas apénas para respirar, se quedaban atrás, él llegó, fuera de sí, al umbral de la casa de Moraima...

Estaba abierta, pero nadie habia en ella; ni aun *Sil* acudió á hacerle caricias ó ladrarle. Los Cristianos desmandados no iban por aquel sitio, aunque se les oia por las alturas inmediatas. Y, con todo, si bien era cierto que los moradores habian huido de la casa, debia de ser poco tiempo antes, pues todo se hallaba en lo interior como abandonado de repente. Entre tanto, habia ya cerrado la noche. — Han huido á Málaga, —se dijo el Cristiano;— pues entónces, al menos, están seguros. Yusef sería de los defensores del cerro... ¿Qué le habrá sucedido?

Los dos vasallos le seguian atónitos de habitacion en habitacion, sin saber qué significaba aquello, cuando un rumor extraño, hácia la cañada, causó á Juan de Silvela horrible calo-frio. ¿Serian soldados, que después de asesinar á los moradores, llegaban á robar la casa? Echó mano á la espada, y diciendo á sus fieles Gallegos:

— ¡Seguidme!

Tomó por la cañada abajo.

XIV

Jurára el guerrero cristiano haber oido más de una vez el gruñir de un perro, como si le castigara su amo, para que se estuviese quieto ó callase. De pronto, y poco antes de llegar al arroyo, vió que un enorme bulto se alzaba del suelo, como abalanzándose á él. Al propio tiempo, sonó chasquido de ballesta, y la flecha dió con tal fuerza en la capellina de cuero de uno de los vasallos, que le dejó destocado, y aun hizo caer aturdido con el tremendo golpe.

— *Sil*! ¿Eres tú, *Sil*? —decia, entretanto, el guerrero.— ¡Pues cómo me reciben á ballestazos tus amos!

Y miéntras el perro daba mayores muestras de alegría y cariño, oyóse una voz, que preguntaba en algarabía, esto es, en la forma en que solían entenderse los Moros con los Cristianos:

— ¿Quién va? ¿Amigo ó enemigo?

Dudó un momento Juan de Silvela; mas al punto preguntó:

— ¿Es amigo de Yusef Ben-Lope el que pregunta?

— Yusef está aquí... gravemente herido...

— Adelante, que aquí tiene á su amigo Juan de Silvela.

Oyóse un grito femenil de alegría, y voz, harto conocida del Cristiano, pues era la de Moraima, dijo:

— ¡Amigos, amigos son! Adelante; ¡no temáis, hermanos!

Varios Moros, seguramente de los que con tanto esfuerzo acababan de defender el cerro, traían en sus brazos á Yusef Ben-Lope, cuya herida era tan grave, que le habia hecho perder el conocimiento. Sostenian la cabeza del valiente Musulmán su madre Fátima y su hermana Moraima... Ni una ni otra quisieron refugiarse en Málaga, alejándose de Yusef. Cuando éste

cayó herido, recibieron aviso, y salieron á tiempo que Juan de Silvela venía por el arroyo, miéntras ellas iban por las alturas á un recuesto, dónde acababan de saber estaba, acaso moribundo, el último descendiente de los Beni-Lope.

No sin dolor pensaba el hijo de Galicia en que, de la propia manera que ahora traían á Yusef, había él entrado en aquella casa, cuatro años antes. ¡Qué de recuerdos se agolpaban á su memoria! Imposible parecia que hubiese pasado tanto tiempo, pues jurara que era ayer, cuando Moraima se habia negado á recibir al único joyel del escudero, casi niño, que ofrecía una rama de helecho, en prenda de su fe y de su honra!

Ante todo, habia que acudir á mirar por la seguridad del herido. La disciplina de los ejércitos de aquel tiempo no era para fiar mucho en ella; con lo que, desde luego, mandó Juan de Silvela cerrar la puerta de la casa, alternando uno de los vasallos en su guarda, miéntras el otro dormía.

— No hay para qué, —dijo Moraima;— *Sil* avisará en cuanto sea necesario; y vuestros Cristianos pueden dormir. Entre tanto, los amigos de Yusef.....

— Quédense aquí cuantos quieran, —dijo Juan de Silvela;— pero que no se dejen ver. Hay mucha gente desmandada por estos campos, y sólo la presencia de un caballero podrá causarles respeto. De lo contrario, mi espada y las hachas de mis Gallegos darán buena cuenta de esos malandrines, que nada han hecho sino gritar miéntras combatíamos, y ahora acuden, como aves de rapiña, para robar á mansalva.

— Como os plazca, señor, —respondió Moraima, acudiendo á mirar por su hermano.

Tan grande habia sido la fatiga del día, que el caballero, sentándose, á usanza de Castilla, en una arca estrecha, y cayendo de espaldas, esperó á que le llamasen, miéntras en las habitaciones interiores curaban al herido. A sus piés cayeron también los dos leales vasallos, rendidos al sueño y al cansancio, y sin dárseles un ardite de la dureza del suelo, ni de hallarse entre enemigos.

También cerró los ojos un minuto Juan de Silvela; mas de pronto, el ruido de la puerta le despertó, y temiendo algun desman de los soldados de Castilla, se puso al punto en pié, llamando á los suyos.

— No hay cuidado, señor, —le dijo Moraima, en voz baja;— son los nuestros, que han determinado acogerse á Málaga, pues saben que Yusef está seguro en vuestras manos. Ellos aquí nada podrían hacer, y tal vez mañana fuera imposible entrar en la ciudad.

— Han hecho bien, Moraima, —respondió el Cristiano, disimulando á duras penas la indecible alteración, mezcla de amor, inquietud y alegría, que al lado de aquella mujer divina experimentaba. De suerte, que, sin darse cuenta de lo que hacia, miraba y miraba á Moraima, como queriendo recobrar el tiempo que habia estado sin verla. No sabemos cuáles serian los pensamientos de ésta; pero, ello fué que su madre se asomó á la habitación, y dijo, ántes de retirarse, varias palabras en árabe, que vinieron, como á despertar á la jóven.

— En verdad, señor, —dijo Moraima,— que por abrir la puerta á nuestros vecinos y amigos, que tan bien lo han hecho con Yusef, se me olvidaba lo principal, á saber; el recado de éste para vos.... Yusef ha vuelto en sí, y desea veros.... Sólo os pido no le permitais hablar mucho.

— Será lo que deseais, Moraima.

Y ámbos entraron en la habitación.

El guerrero musulmán yacia en su lecho. Herido de espada en el vientre, experimentaba gran dificultad para respirar, y el ahogo apénas le consentía reposo.

— ¡Bendito sea Allah, que me deja verte de nuevo, Juan! —exclamó, tardando no poco de palabra á palabra.

— Alabado sea Dios, que me ha traido á tiempo, —respondió el cristiano.

— A tiempo.... de verme, sí.... de verme morir. Y por ello le doy gracias, pues ya temia no volver á verte....

Aquí estallaron los sollozos de las mujeres, pero Yusef las mandó callar, y añadió:

— ¡Estaba escrito! Los últimos girones del *Andalus* son para el Cristiano.... Escucha, Juan.... Acaso el último Ben-Lope y su madre han llegado á crueles con Moraima y contigo. Tú adoras á Moraima.... y ella.... no tiene

más voluntad sino las de su madre y hermano, pero te corresponde.... Juan de Silvela puso los ojos en Moraima que, al lado de Fátima, lloraba á los piés del lecho de Yusef. Este, siguió hablando.

— Moros nobles y ricos, del contorno y de Málaga, me han pedido á mi hermana por esposa.... Eran muchos de ellos, apuestos y gallardos; enamorados, todos.... Pero todos han estado siempre demás para mi hermana.... Acaso fuí cruel en negarte su mano.... Para Mahoma, la mujer vuelve en la tierra al polvo de que nació; para Jesús, la mujer es compañera, igual, amiga y eterna hermana del hombre.... ¡Hágase la voluntad de Allah!

Y Yusef cerró los ojos. Todos permanecieron en silencio. De pronto. Fátima, la madre, mirando á su hijo, exclamó:

— ¡Muerto! ¡Muerto! ¡Mi Yusef nos ha dejado!!

Y cayó abrazada al cadáver de Yusef.

* * *

Fátima y Yusef fueron enterrados juntos, al pié de la mata de helecho que Juan de Silvela habia plantado hacia cuatro años, y lejos de secarse, prosperaba, extendiéndose y aumentando los renuevos.... que han llegado hasta nuestros días....

El guerrero y Moraima asistieron al entierro. Cuando tornaron á la casa, la jóven se sentó en el suelo, á usanza de los suyos, y en el mismo umbral de la puerta.

— ¿Qué haceis, Moraima? —preguntó Juan de Silvela, con amantísima ternura.

— Vuestra sierva soy, señor. Para vos, el mandar; para mí, el obedecer.

— Alzad, por Dios, Moraima. ¿No estais en vuestra casa?

— Cuanto nos rodea os pertenece, por derecho de conquista. Yo no soy sino vuestra cautiva.... á quien podeis poner hierro de esclava, cuando lo tengais por bien.

— ¡Moraima! ¡No me despedaceis el corazon! — dijo el Cristiano,

alargando los brazos hácia ella.

— Ya veis como soy vuestra sierva.... —respondió Moraima, pálida como la muerte y echando el cuerpo atrás, aunque sin levantarse.

— No sois, sino dama y señora de vuestra casa.

— Criada en el campo, y lejos de Castilla, quizá no sepa qué es ser dama; pero yo imagino que consiste, ante todo, en ser respetada por el caballero que la tiene amor!...

Juan de Silvela dejó caer los brazos, y pidió perdón á Moraima. — ¡Decidme, siquiera, que me amais! —exclamó el Cristiano.

— Cuando sea vuestra esposa, os lo diré.

— ¿Y no dareis la mano á besar á vuestro caballero? — dijo Juan de Silvela, de hinojos.

— Sí, porque habeis jurado solemnemente, que Moraima Ben-Lope seria siempre la dama de vuestros pensamientos, y, si Dios lo permitia, vuestra esposa.

— ¡Presente teníais el juramento!

— Como que era mi vida.

— La mia, será teneros siempre al lado, en este mundo y en el otro.

— Tamaño bien, —respondió Moraima,— para la vida presente y la futura, de vos depende el que yo pueda alcanzarle. ¡Decidme cómo adorais al Criador, que de igual manera le quiero yo adorar!...

Publicado en el número de 40 de la Revista de España, 1869.